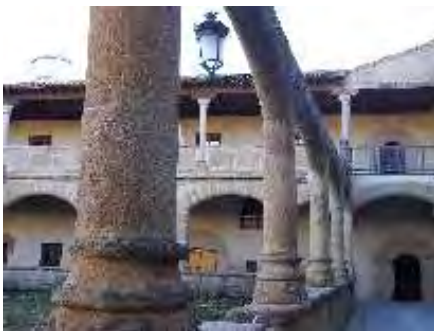


En suave descenso, pasaremos junto praos, pinares, arroyos, canalizos y un estanque abandonado. Pisaremos callejas empedradas y senderos usados durante siglos. Quien sea curioso podrá ver incrustada en una tapia una piedra procedente de una vieja chimenea.

En Aldeanueva lo primero que encontramos es la iglesia, renovada en el s XX sobre los restos de otra del XVI. En su día se edificó utilizando restos del antiguo convento. Ya desde la entrada en el pueblo vemos un enorme edificio que sobresale sobre todo lo demás. En efecto, cuando nos adentramos en el pueblo nos damos cuenta de que el antiguo convento de las monjas dominicas, más que ocupar parte del pueblo, es el pueblo.



El convento fue mandado construir por el duque don Fadrique y su primera priora fue Sor María de Santo Domingo, la beata de Aldeanueva, una religiosa conocida, bien relacionada con la casa de Alba y con fama de santidad. Tras un periodo como lugar de estudio y recogimiento, en su

máximo esplendor, llegó a albergar a más de 300 religiosas. Con este tamaño, el convento influyó decisivamente en la economía de la zona, hasta el extremo de que el pueblo completó su nombre original "Aldeanueva" con el añadido "de las Monjas". Posteriormente les debió parecer más noble cambiarlo de nuevo por el de Aldeanueva de Santa Cruz.

Casi medio siglo después, entre los días 18 y 23 de septiembre de 1565, el convento quedó arrasado por un terrible incendio. Las monjas encontraron refugio en la fortaleza de la casa de Alba en Barco. D^a María Enríquez de Toledo, no sólo se hizo cargo de ellas sino que ordenó la reconstrucción del convento y le asignó rentas (cuatrocientas fanegas de trigo y 40 cántaros de aceite anuales). Los restos que hoy podemos contemplar proceden de la segunda construcción, finalizada en 1569.

El convento continuó habitado por las religiosas dominicas hasta 1866, si bien en ese momento sólo había 14 monjas, que utilizaban una pequeña parte de la edificación. El resto había sido desamortizado y vendido a particulares.

La maldición del fuego volvió a repetirse en 1866 y las pocas monjas que quedaban se trasladaron a la capilla de Mosén Rubí en Ávila.

Los restos que se han conservado son sobre todo un claustro de dos alturas en origen, con arcos escarzanos y pilares de basas góticas que se prolongan sin capitel dando una impresión de

ligereza al conjunto. Se aprecian aquí y allá detalles arquitectónicos de interés, como varias puertas, ventanas, adornos como cruces dominicas, figuras humanas, restos de pintura y estuco. En la parte exterior de lo que fue portada de la iglesia se conserva un gran escudo de los Duques de Alba.

Desde los 1.150 m de Aldeanueva, subiremos a los 1.438 de La Lastra del Cano. Lo primero que encontraremos será la ermita del humilladero, también del s XVI. Seguiremos junto a huertos y praderas por el camino del Roble hasta llegar al embalse de riego, de 1.942. Callejas, a veces ya ganadas por las zarzas, un pontón para atravesar un arroyo, algún tramo por monte bajo y las viejas paredes de piedra nos acompañan hasta la Lastra del Cano, con su correspondiente iglesia, cómo no, del s XVI.

Es curioso reseñar que, a pesar de la distancia, La Lastra y sus anexos Cardedal y La Lastrilla, junto con otros en la vertiente Sur, como la Angostura, pertenecen a la mancomunidad de Santiago de Tormes, con sede en la Aliseda.

Tras la iglesia sale la pista que nos subirá a lo alto de la sierra. Según nos acercamos a los cultivos de pinos, las nieves de Gredos irán apareciendo, destacando la blanca cumbre del Cervunal. Cuando alcanzamos la cuerda, el valle del alto Tormes se abre en una profunda fosa y nos deja ver sin obstáculos las cres-

tas nevadas de la Galana y el Almanzor. Las gargantas de Aliseda, Navamediana y Bohoyo son el fondo para un paisaje de pequeños pueblos que siembran el valle. Sólo la vista de este paisaje ya justificaría el camino. Una gran prolongación del paseo del Balcón de Gredos, que ya recorrimos en su día, con otros incentivos que aún nos esperan.



Por los pinares llegaremos a la cumbre de Cabeza Pelada, donde hay una torre de vigilancia contra incendios. Desde aquí y hasta que nos metamos en el valle del Tormes, tendremos una visión enorme de todo el territorio. Valdecorneja, la sierra del Mirón, el monte del Cagalutar en La Horcajada, el cerro del Berrueco, las sierras de Béjar, Barco, Sierra Llana y Gredos. Nada se interpone en nuestra visión.

La última parte de la excursión nos llevará en descenso hasta el pueblo de Hermosillo, atravesando una ladera orientada hacia el sur y, por las condiciones climatológicas, radicalmente distinta de las que hemos visto hasta ese mo-